

Cantabria natural

El poljé de Matienzo

MIGUEL A. TABORGA

Silencio y sosiego en la gran planicie natural cerrada, que muestra ya todo su colorido esplendoroso de la incipiente y cálida primavera. Tranquilidad y paz, envidiables para nosotros, que quizás les parezca demasiada a sus aproximadamente 400 privilegiados habitantes. Porque es un verdadero privilegio residir en una zona tan hermosa como ésta de la que es muy fácil enamorarse.

COMO vecinos más inmediatos, el buitre, la encina, el roble, el azor o el milano. Y el agua, protagonista indiscutible del lugar, que bulle cristalina y juguetona como en ningún otro sitio.

Que aparece y desaparece como por mágico encantamiento. Apenas emerge, se sume de nuevo, a pocos metros de distancia, en una de las múltiples torcas y cavidades que forman en el subsuelo del poljé, un inmenso laberinto de túneles y grutas naturales.

El gran poljé de Matienzo se encuentra incluido en el Inventario Nacional de Puntos de Interés Geológico, del Instituto Español de Geología y Minerología (IGME). Es una gran depresión de superficie plana de más de un kilómetro de anchura donde se asienta la localidad de Matienzo (municipio de Ruesga) y de casi quinientos metros hacia el Sur, por dos kilómetros de largo, constituida por tierras de descalcificación rica en minerales, que es producto de la disolución del sustrato formado por calizas del Aptiense (Cretácico).

Cuando a temprana hora, en un radiante día primaveral, nuestro automóvil corona el alto de Fuente Las Varas, a 450 metros de altitud, el corazón se acelera ante la inminente vista que nos espera del gran poljé, hundido a nuestros pies, con una altitud de 189 metros sobre el nivel del mar, y totalmente cerrado por paredes naturales. Sin embargo, una sorpresa no depara el día. El fuerte anticiclón ha permitido la formación de un denso, blanco y algodonoso mar de nubes sobre Matienzo.

El silencio es absoluto. Tan sólo se rompe por el canto de un gallo y el ladrido de un perro que atraviesan la niebla fácilmente hasta nuestros oídos. Señales inequívocas de la vida diaria que comienza bajo la gruesa capa de niebla. Los protagonistas de los ruidos parecen muy cercanos, se sienten casi al lado, sin embargo no lo están tanto.

En poco tiempo la niebla se disipa bajo los fuertes rayos del sol y se va dibujando lentamente el poljé, que emerge radiante y majestuoso, con su verde pradera plana y sus casitas coloradas diseminadas por la vasta llanura.

En primer término, el barrio de

la Secada; luego La Vega, y finalmente, Ozana. Al fondo, la salida opuesta de este auténtico gran caldero aprisionado entre montañas, al alto de la Cruz de Uzano, a 360 metros de altitud, que junto con la que nos encontramos, Fuente Las Varas, son los únicos accesos con que cuenta el poljé.

Descendemos a través de la serpenteante carretera, en medio de una vegetación exuberante. Multitud de especies forestales jalonan el camino, si bien no llegan a formar grandes masas, sino pequeños bosquecillos, cuando no se trata de ejemplares aislados. Pino, roble, arces, avellano, haya, acebo, etc., son algunas de las especies más características de la zona. Sobre unos riscos de las encrespadas laderas orientadas al Sur, se dibujan las siluetas de tres buitres, oteando el horizonte desde su privilegiada atalaya. En estas laderas, la vegetación se compone casi únicamente de encinas, en ocasiones abundantes, aunque sin llegar tampoco a formar masas excesivamente compactas.

Recorriendo pausadamente



Flores silvestres en Matienzo. FOTO: M. A. TABORGA



Poljé de Matienzo (sumideros cársticos). FOTO: M. A. TABORGA